

Narrativas y metafísicas del bio-poder en el Pacífico Sur

Bernardo Javier Tobar
Fernando Valencia Ramos

El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación.

Gastón Bachelard

Narrativas de la vida

LOS ESPACIOS DE vida o, mejor, territorios múltiples del Pacífico Sur se han configurando a través de lógicas múltiples, de variados y contrastantes imaginarios. El paso del hombre no ha sido único por este territorio, sino que ha cambiado en el devenir del tiempo, siendo entonces el anclaje de múltiples representaciones, memorias y narrativas que regularmente no han sido originarias, sino devenidas como el rizoma, como el ritmo propio del rizoma. Tejido de existencia y coexistencia diversa, es un territorio propiamente interino al ser humano. Interinidad rizomática reflejada en toda la condición cultural y social que en ella se ha entrelazado.

Pese a que las violencias del mundo elemental son inherentes al territorio, los grupos humanos han podido construir y diseñar mundos posibles de vida, donde cada suerte de hechos es intrínsecamente asimilado en la interioridad. Así, mientras que para los foráneos es de alguna forma un espacio funesto, para sus locales es y ha sido *paradisa*, donde toda

obra de lo elemental se hace *bendición*. Como lo describía el viajero Francisco José de Caldas:

Llueve la mayor parte del año. Ejércitos inmensos de nubes se lanzan en la atmósfera del seno del Océano Pacífico. El viento oeste, que reina constantemente en estos mares, las arroja dentro del continente; los Andes las detienen en mitad de su carrera; aquí se acumulan y dan a estas montañas un aspecto sombrío y amenazador; por todas partes no se ven sino nubes pesadas y negras, que amenazan a todo ser viviente; una colina sofocante sobreviene; este es el momento terrible; ráfagas de viento dislocadas arrancan árboles enormes; explosiones eléctricas, truenos espantosos; los ríos salen de su lecho, el mar se enfurece; olas inmensas vienen a estrellarse sobre las costas; el cielo se confunde con la tierra, y todo parece que anuncia la ruina del universo. En medio de este conflicto el viajero palidece, cuando el habitante del Pacífico duerme tranquilo en el seno de su familia. Una larga experiencia le ha enseñado que las consecuencias de estas convulsiones de la naturaleza son pocas veces funestas, que todo se reduce a luz, agua, ruido, y que dentro de pocas horas se restablecerán el equilibrio y la serenidad.

Este territorio se ha ido tejiendo a través de entramados diversos, configurándose una historia discontinua y polifónica. Diferentes memorias, enraizamientos e historias que brotan, como diría Borges, de la infamia, se han superpuesto y entrecruzado.

De los vertiginosos ríos que acarrearán raudas desolaciones descollando diásporas humanas, gestando la mixtura de varias sensibilidades, que adaptado, conociendo, semantizando han construido su territorialidad a través de múltiples míticas que se desplazaron, se enraizaron y renacieron en los bosques salados inundados por el agua; delimitando este espacio a partir de lógicas que conjugan asombrosamente variadas actividades. La alteridad indígena, de forma casi que refundida, se ha emplazado en las riveras de las aguas fluviales, enraizando en ellas también su memoria y tradición. Mítica diferencial que recrea mágicamente el mundo

vegetal y animal para construir su devenir mundo. No sin pensar e imaginar al mismo como la precipitación devenida de la mano de los seres míticos:

“En Guanguí me fue relatado que, de acuerdo con la costumbre embera, a una joven, cuando tuvo la menarquia, la recluyeron en un pequeño recinto dentro de la casa, pero los padres la encerraron mucho tiempo y empezó a engordar hasta que del peso el piso de la casa se rompió y en la tierra se fue enterrando hasta que quedó en una cueva en las profundidades. Allí está acostada con los brazos extendidos; en ocasiones llega un ratón y le muerde la mano, entonces ella muere algún dedo y la tierra tiembla”. “... se cuenta que el mundo tiembla porque Karagabi que tiene la tierra en una mano la pasa a la otra para descansar”.
M. Pardo en G. Wilches.

Más internos en las esferas del río y de la selva subsisten de actividades similares a las de sus vecinos los afrocolombianos con quienes desde centurias entendieron la diferencia y a la vez la compartieron, no sin vivir los resquemores y las fricciones que ello causa.

El hombre afro-colombiano enraizado como una suerte de manglar en esta trama versátil inundada por aguas turbias, taminas o saladas ha anidado con el tiempo variadas poblaciones que perdidas en la tupida vegetación erigen alegorías del espacio. Hiltanaciones y pagamentos que surgen del destierro en el éxodo humano que entrelaza una mítica rizomática, alegorías olvidadas para lograr la profusión:

*Yo no sé si vendremos de ser esclavos
Lo que sí sabemos es que los negros
Somos palo fibroso de doble raíz
Nos enraizamos como el langare
Porque los negros somos fuertes
Nos enraizamos más en la tierra.*

Herberto Quinones

Conformando un tejido viviente que se establece entre el suelo y el agua, los cuales conforman una poética por

sí misma, lienzo de vida caracterizado por la procreación y la ensoñación. Desde los espacios de morada hasta las geometrías humanas que se contrastan o se asemejan con las naturales, conceden territorios ficticios, imaginados, incongruentes, violentos o apacibles, en todo caso habitados en ritmos inseguros. Moradas construidas en lo precipitado, en el embate, en el movimiento mismo de la pulsión de la naturaleza, siempre expuestas a derribarse pero también a encumbrarse. En la tierra que combina la fisura y el acoplamiento como lo refiere Alfredo Vanín en las letanías del Pacífico:

*Sea mentira o sea verdad
se abra la tierra
y se vuelva a cerrar
que el que lo está oyendo
lo vuelva a contar.*

El ser humano asumiendo las lógicas de lo viviente, siguiendo las órdenes naturales del mar o del río, de los esteros o guandales, de estos terrenos que se hacen o se pierden; el vertiginoso juego que enlaza la turbulencia de lo viviente, se ha pactado con los azares y la revolución cíclica del tiempo y del espacio.

La foresta, el agua, el viento, las lluvias, el aire y el clima conforman un conjunto de elementos extraños y violentos, con los cuales, sin embargo, hay que estar en familiaridad. Atañen cada uno de ellas la semiósfera. La creación de imágenes, recuerdos y retratos que enraízan al ser humano.

Por ejemplo, la alteridad del agua conforma para estas culturas una obra poética: siendo a la vez un elemento vital, un espacio decible y visible, un espejo de formas y colores, de olores y sabores. Aguas dulces, saladas o injertas dividen y semátizan no únicamente el territorio sino su población. Como hay simultáneamente una fractalidad o una integralidad entre los mares y los ríos, las gentes se enlazan en torno a las aguas: llamándose así gente de mar, gente de río.

De esta manera, como la naturaleza es habitada por el lenguaje, el ser humano es asimismo habitado por la esencia de la naturaleza. Parafraseando a Bachelard (1997) diríamos

que: las imágenes de la naturaleza están en el ser humano como los seres estamos en ellas.

Las mares y los distintos ríos se aglutinan para trasponerse como raíces referenciales de la alteridad y la diferencia. En últimas, el suelo, el espacio, el cuerpo y la memoria son las unidades a partir del cual se construyen como lo expresa Gastón Bachelard rincones de mundo:

Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día en un "rincón del mundo" (Bachelard 1994, 34).

En el agua los habitantes de la costa Pacífica encuentran entonces un espacio vital que se convierte en un rincón del mundo. El elemento primordial que origina ataderos con los otros elementos. Adviniendo el fresco de los vientos, los cardúmenes, las lluvias. Es el espacio de vida del hombre, de la animalidad y de la extrañeza.

En ella se encuentra el sustento, el desplazamiento, el encuentro y el contacto. Pero el vaivén del agua es también la fluidez. El conducto que trae y lleva, que transporta lo maléfico o trae con ella, las bondades.

En las contradicciones y diálogos instaurados entre el agua, suelo y bosque, el hombre afrocolombiano ha entrelazado una singular arquitectura. Poética del espacio que, a su vez, expresa las cardinalidades míticas.

Arquitecturas que se sientan en lo hundible, en lo abollado, en lo poco firme; en los cruces de las curvadas esquinas que deja el río o deja el mar. En los suelos afirmados a partir de virutas, serrines, residuos, productos de la troza. Situándose la vivienda del Pacífico en la orilla, como ente anfibio, siempre estando en contacto con la pluralidad del agua.

A partir de las trozas: tapas, pepas y tablas, han desarrollado en el devenir un sosegado saber y una impar estética de la madera. Puente que les ha permitido pactar, ajustarse, dialogar con su entorno natural. Flotar en el agua, enraizarse en los lodazales.

Al igual que los rizomas de mangle, apuntalados los pilotes de madera en el barro, acogiendo los ritmos del agua,

cuerpos parsimoniosos algunos y los otros impulsivos, le confieren igualmente a su casa palafítica una movilidad, un oleaje de consonancia semejante. La inestabilidad, la fijeza, la ligereza, la casualidad son los rasgos de la vivienda en la costa Pacífica.

El elemento transformado por la cultura ha permitido la intimidad de la morada y el ritmo particular de un cuerpo. Naturaleza, cuerpo y morada, al habitar en estrecha correspondencia, están, entonces, reinscribiéndose a sí mismas.

Retomando la cimentación, el mangle mismo como puntal, el ser confirma que la cimentación o el apuntalamiento de su espacio territorial se hace a partir de un elemento natural, intentando habitar en el manglar con su misma esencia. Por ello no hay morada que no se apuntele con el corazón de su misma condición.

Contrariamente a lo que nuestro pensamiento nos ha enseñado a reconocer e incluso a ver, es decir, paradójicamente a desconocer, existen fuerzas sensibles que se construyen acalladamente y que lastimosamente se desvanecen con la arena entre las risas del mar. En el Pacífico existen polifonías, multivocalidades, que como las de don Julio César Góngora, Heriberto Quiñones, Demetrio Paredes cantan a los raudales de lo elemental y a la fragilidad humana, voces que hacen cantos sensibles del alivio, así como lo han hecho sabias palabras, embrujadas y hechizantes como las de José Martí y García Lorca.

Mundo que enfrenta las diásporas y el horrissono de las fuerzas físicas y metafísicas donde la mar en su tránsito obedece y sigue lo que la gea llora porque en un instante de olvido y sin perdón se refunde como sirena salvadora de la profundidad y de su redondez, es sirena ahí donde se sacuden las fibras de la desesperanza, oleada sin reproche que toca y busca la carnosidad de que ha sido despojada. Playas que se sirven de la mar, que se gestan para la contemplación, que se han hecho para deshilar la desolación, para apaciguar la furia y la hecatombe del resoplido giro cósmico:

I

*Se acabó San Juan de la Costa
la playa de maravillas*

*sólo ha quedado la historia
para contarla en la vida.*

II

*Una noche decembrina
todo el mundo está en su casa
y a las tres de la mañana
el mar bañó por encima.*

III

*San Juan era una sirena
lista para refundirse
y las viudas sanjuaneñas
sin ropa con que vestirse.*

IV

*Llegaron los sanjuaneños
a la sombra de un palmar
por su playa tan querida
destruida por el mar.*

V

*Llegó Nidia Quintero
con su bondad y cariño
a visitar a San Juan
castigada por el destino.*

VI

*Una voz consoladora
la señora Quintero
que el cielo brinde su gloria
por su corazón noble y sincero.*

Canto a San Juan. Julio César Góngora

Una cosa dicen unos y otra dicen otros como el vaivén de las olas del mar, la palabra cambia y se narra polifónicamente. Cuentos, décimas, cantos, surgen de las entrañas de la memoria humana para explicar los latidos y las convulsiones de la Gea. La palabra es también así, la voz del estremecimiento:

*Era el 12 de diciembre del año 79
yo estaba mirando el cielo
por si de pronto me llueve
como una red en la espalda
con rumbo hacia la bocana
en busca de un pescadito.*

*Y así prolongada mi fama
en el punto definitivo sentí
un cimbrido muy fuerte
era la furia del mar
que dejaba mi cuerpo inerte.*

*Cuando llegué a mi casa
nada, nada que encontraba
la gente se había corrido
con rumbo hacia las quebradas.*

Furioso maremoto. Julio César Góngora

Morada que ha resistido los embates que el mismo hombre se procura. Sin embargo, el hombre afro colombiano sabe que su casa también es una mocha, es potrillo, es también el canaleta que vira y que regenta en las orillas del destino, así como lo dijo don Teódulo Sinisterra cuando su morada palafítica fue amenazada por los constantes embates del Sanquianga: *con esto de las inundaciones del río, yo levanté mi casa y la he ido corriendo con unos gatos y unas trozas a medida que el río acaba la orilla, pero yo he pensado que si sigue así, un día le pongo unas balsas y la meto al río y me voy pa' bajo, pa' la playa o pa' onde quiera.*

El territorio es entonces una construcción imaginada que cobija desde el mismo soporte de la casa, desde la memoria palafítica hasta aquellos entornos que se suscriben por las expeditas aguas. Los trazos laberínticos que caracterizan a los esteros del manglar, los pajonales del guandal y las playas que se conforman con las cobas del mar, son las sombras palpables que señalan los linderos de la imaginación y el apego humano a la sensibilidad espacial.

rosas especies admiten también la satisfacción y gozo del alimento.

Hombres y mujeres acuden regularmente a estas galerías de alimentos para satisfacer sus necesidades económicas. Las mujeres en las madrugadas y al vaivén de las mareas, frecuentemente asisten a estos parajes marítimos. Grupos de mujeres de los distintos poblados se embarcan en mochas, potrillos y lanchas a la dura faena de la recolección de moluscos, que como dueños únicos se desplazan y se enraízan en estos lodazales.

En los manglares, la mujer combatiendo las severidades del medio y hermanándose con sus compañeras de tarea, rodea con su visión los posibles "filones" de conchas para posteriormente ahondarlos con sus propias manos. Sus manos haciendo las veces de tenazas se *cangrejean* para explorar y desprender a los bivalvos de su medio.

Estos espacios son testigos de batallas que conjugan corales de voces que encuerdan el escuchar y el responder, con la danza de las manos y su agreste tecnología para poder solventar la alteridad próxima. Lucha que no les impide recrear su memoria y faena a través del canto o de la ocurrente palabra:

I

*Oye pueblo sanjuaneño
langostas y camarones
yo vine a pasar dos tierras
en busca de corazones.*

II

*De tu cielo tan hermoso
y tu brisa cariñosa
me sentí muy orgulloso
de mirar tu playa hermosa.*

III

*En una pieza secreta
muy contenta para ella
me miraban sus ojitos
y yo admiraba su belleza.*

IV

*El paraíso costeño
 más tarde será San Juan
 gentes de mucho linaje
 vendrán sólo a temperar*

Langostas y camarones. Julio César Góngora

Mientras las mujeres escarban en las profundas capas de los lodazales explorando solamente lo conocido por el tacto, los hombres extienden sus trampas en los mantos de los estuarios. Estos cazadores haciendo uso de rústicas tecnologías, encuentran en la espera lo que el azar quita y da.

Solitarios sus ojos espían que las jaibas abatan su último tiempo, están sujetas por el ardid, encandilan sus tenazas no dejando soltar el cebo por el *apendejamiento* que fueron presa. Juego de presa y cazador que convierten a los manglares en estelas metafísicas de múltiples destinos.

Las manos tejen con francos utensilios geometrías tupidas, que se emplazan invisiblemente en estaciones marítimas que encuentran los pescadores en sus apegadas y nominadas embarcaciones. *La Diosa del mar, la Satingueña, la Playerita, la Otilia*, son testigos de los intrépidos trabajos que deben sufrir los navegantes para solventar sus necesidades. Una representativa mazurca de los pescadores, deviene en mixtos rituales que se entretejen de manera maestra para lidiar con la pericia del tiempo y el mar.

En estas islas donde los navegantes se surgen, donde encuentran el apego y donde encarnan el espacio como ente femenino, como mujer que llama a la seducción, de la caricia en los meandros de los esteros, en el leve mimo que se hace a la salobre agua y que yace en el amor por que el corazón se inunda de pasión en esto que es el gozo del viaje, la contemplación insular, la virgen mujer que desborda el canto las islas sobre el mar:

*Volver a ti en la cansada noche
 en esta turbia noche lisonjera
 al cálido rumor que ahí me espera
 en clara vanidad y sin reproche.*

*Volver para ocultarme en el camino
de tus manos disueltas en la nada
bajo el temblor a gusto tu mirada
y buscará mi cuerpo tu destino.*

*Volver a ti con desolado abrigo
es retornar a muslos de mi aliento
donde tu boca fue país del viento
y una tierra voraz para mi trigo.*

*Y marcarán mis pasos tu existencia
tu vida que germina lentamente
cual la palabra que calladamente
murmura lejos en la lejana ausencia.*

*Y yo seré esa sombra que mitiga
que ama, grita, desolada y triste
y tú serás esa pasión que existe
que calla, que conforma y que castiga.*

Retorno, Julio César Góngora

METAFÍSICAS DEL BIO-PODER

La historia de América latina desde su configuración ha estado implicada con la historia de la economía política mundial, que no es otra cosa que la subyugación a un tipo fuerza, a un determinado poder y a determinadas formas de violencia. En este sentido, el devenir del territorio en mención nunca ha estado por fuera, sino totalmente articulado y subyugada a ella. La instauración e imposición de diferentes formas de poder y prácticas económicas y culturales han sido así la regularidad de su historia.

Su historia ha estado supeditada a una hegemonía y dominio que no se han establecido exclusivamente por la fuerza y la muerte sino a partir de sistemas discursivos, representacionales y cognitivos determinados. Como diría Aníbal Quijano (2000) aludiendo a la colonialidad y al poder en América Latina, a través de categorías como las de raza, se generó una determinada clasificación y tipología social que a la vez configuró una red de relaciones de dominación y una sistemática división racial del trabajo:

"Las nuevas identidades históricas producidas sobre la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global del control del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente, a pesar de que ninguno de los dos era necesariamente dependientes el uno del otro para existir o cambiar" (Quijano 2000, 204).

A través de la historia y mediante diferentes dispositivos culturales e ideológicos se han inventado territorios, identidades, instaurándose relaciones de dominación, de poder, explotación y violencia que se han ido perpetuando y sobreponiendo unas sobre otras. Así, en la experiencia local del Pacífico Sur de Colombia, sus espacios comportan tránsitos en varios ángulos, implicando difíciles acomodos que se construyen a partir de encuadres impetuosos y que se concretan en la explotación excesiva del medio y del hombre, es decir, de la vida misma.

En este sentido, la región caracterizada por su biodiversidad y poseer abundante materia prima y mano de obra para explotar ha sido sinónimo de alta plusvalía, una inversión próspera al menor riesgo, siendo centro de diferentes tipos de administración y control de la vida. La explotación del oro, el platino, la tagua, el mangle, la madera, la palma africana y finalmente la coca, economías que al depender la una de la otra y, al estar articuladas a un patrón mundial, resultan cada vez más peligrosas y perturbadoras para la vida social y biológica.

En efecto, la fragilidad se ha vuelto cada día más adversa y sensible. El excesivo provecho que se tiene por este ente vivo, en fin todos sus habitantes condicionales de este entorno contemporáneamente viven el abatimiento y la sequedad vital.

La insurgencia de un mundo colonial, nacional e internacional así como las políticas económicas y los totalitarismos globales, dejan plantadas distintas virulencias que genera un gran drama social y cultural. Las nuevas economías de enclave desestructuran las economías tradicionales, imponiéndose una nueva racionalidad que tiene como fundamento o correlato al discurso tecnocientífico, y que a su vez

establece un nuevo paradigma, el de inagotabilidad de los recursos naturales y su máxima producción.

De esta manera economías extractivas como la explotación maderera llevaría a producir cambios ambientales, sociales y económicos. Poblaciones enteras presentaron cambios drásticos, pasando de ser lugares olvidados a ser anclajes de circulación muy importantes de la región. El comercio creció a pasos agigantados alterando forzosamente sus sistemas económicos tradicionales: la agricultura perdió importancia para ser sustituida por la explotación maderera. La población pasa a ser asalariada, generándose una cadena comercial donde los tuqueros, intermediarios (*pulpos*), propietarios e industriales hacen parte de una pirámide de máxima explotación humana. El sistema de comisariatos y los préstamos traerían excesivos abusos humanos cuyas cuentas terminaban pagándose con la vida misma.

Lo mismo sucede con la instauración de plantaciones de palma africana que abarcan una gran fracción del litoral pacífico. Así como la extracción de mangle y la tagua significó la transformación de los bosques y sus tramas de vida, con el advenimiento de las extensas palmicultoras se altera drásticamente el paisaje socio-natural, convirtiéndolo en un espacio homogéneo y monofuncional. Al respecto señala enfáticamente A. Escobar:

Como ocurriera décadas atrás en la región del Valle y norte del Cauca con el avance de la caña de azúcar, el nuevo paisaje natural y social arriba descrito evidencia la existencia de nuevos agregados creados por los aparatos del estado y del capital: la apropiación del trabajo para la obtención de ganancia y plusvalía; la apropiación del territorio, ahora convertida en propiedad privada extensa y regulada por la renta; y la apropiación del dinero local, convertido en precario mecanismo para la obtención de mercancías y el pago de impuestos. La plantación ha inventado un nuevo modelo de la tierra del trabajo y del dinero (1996, 115).

Con esta directriz que articula el mundo capitalista y Estatal se apropian extensas zonas de tierra activándose los desplazamientos poblacionales; familias enteras perdieron sus tierras, con la elección única de ser asalariados a sabien-

das o no de que estas medidas del mundo económico contradicen radicalmente los tejidos frágiles de sus ecosistemas que no admiten la explotación intensa y brutal. Así estos espacios diseñados por la naturaleza en forma de fractales con la intervención del capital se han ido trasformando en espacios euclidianos y contables. Continúa Escobar:

El progreso de la plantación, en otras palabras, se ha logrado a costa del devenir del bosque, de los ríos, (ahora seriamente contaminados por los desechos agrícolas e industriales de la plantación), de la producción local para la subsistencia y, lo más importante, al precio del devenir de la mujer y el hombre negros, de su cultura. Como en otros estadios de la modernidad en el mundo, Estado y capital trasforman el paisaje y la sociedad en espacios y entidades legibles, contables y uniformes. A la polisemia de los espacios y culturas locales, la plantación y el estanque componen el significado único e ineludible de lo contable y lo administrable. La disciplina se impone, reemplazando la diversidad (115).

Disciplina que se impone al paisaje, al ritmo del tiempo y de los cuerpos. Esta es la lógica del biopoder, trazar nuevas cartografías similares para controlar y administrar los tejidos de vida, desde un punto de vista técnico y mecánico que busca la producción máxima. Los cuerpos infantiles, femeninos y en si toda la familia pasan a ser fuerza de trabajo y a depender de la disciplina que impone el trabajo y el nuevo paisaje.

Seducidos por la máquina fascinante del discurso capitalista y desarrollista, las subjetividades pierden sus territorialidades y lasos que las enlazan para entraren la lógica del salario que las quebranta, no sin vivir sus cuerpos y mentes la violencia ejercida por un básico paupérrimo que los introduce y vincula a la lógica del deseo:

El desarrollo convierte a la mujer del Pacífico en un ser móvil, en algunas zonas mucho más que los hombres. Los hijos e hijas que antes tenían asegurado un rol productivo en la parcela familiar, ahora –sin posibilidad de trabajo o de estudio– engrosan las filas de la delincuencia y el pandillaje juvenil, que han aumentado considerablemente en los últimos años.

Las palmicultoras han creado una categoría cada vez mayor de familias sin tierra. Algunas han vendido gran parte del terreno dejando una pequeña porción con cultivos de pancoger, pero ahora que la mayoría no posee fincas ha empezado a robarle al que la tiene, con lo que empiezan a romperse los lazos de solidaridad propios de esta cultura (Lozano, 1996, 184).

Por otro lado las mujeres concheras, que en las madrugadas y al vaivén de las mareas frecuentemente asistían a estos parajes marítimos embarcadas en mochas, potrillos y lanchas a la dura faena de la recolección de moluscos, que como dueñas únicos se trasladaban y enraizaban en los lodazales, sin embargo, por lo sucedido con el paisaje se ven enfrentadas a numerosos riesgos, a una condición infructuosa de su trabajo y a la enfermedad de sus cuerpos:

Otro aspecto importante del desarrollo de la industria pesquera es que el cultivo en cautiverio del camarón se ha realizado a través de una apropiación privada de las costas, provocando no sólo la devastación del manglar sino impidiendo que muchas mujeres, que dependían de su trabajo como concheras, se acerquen a los lugares donde siempre ejercieron su oficio. En general las mujeres han perdido control sobre los recursos que proveían su subsistencia y la de sus familias (Ibíd., 188).

El trabajo aquí es una práctica que se vuelve cada vez más ponzoñosa puesto que se debe luchar con un medio inhóspito por la alteración ecosistémica: bardas de *avechuchos* y *plagas* (zancudos, jejenes, culebras y polillas, etc.) agujerean y curten las pieles humanas hasta el punto de enfermarlas y acarrearlas a la muerte. En esta actividad como en otras, el cuerpo femenino ha tenido que transmutar, que sufrir el ímpetu de la deformación.

Pese a las dificultosas y largas jornadas que caracterizan su trabajo las concheras viven y son fieles testigos de la sequedad vital de su medio; con el pasar del tiempo se ven obligadas a recorrer distancias cada vez más largas con el fin de recolectar los escasos provechos que el medio les ofrece y el comercio les usurpa.

Como alguna vez San Juan de la Costa se volvió una sirena que se refundió en el mar por la violencia de lo elemental, toda la piangua, expresa la poética palabra de Julio Góngora, abandonan su población para marcharse al Ecuador:

*San Juan está quedando sola
lamentando su dolor
porque todita la piangua
ya se va para el Ecuador.*

II

*Ya se fue de viaje al Ecuador
en un hermoso vapor
ya se fue la piangua
para el Ecuador.*

III

*La marea está subiendo
y el caracol va nadando
en busca de su pianguita
que ya lo está abandonando.*

IV

*El caracol va de viaje
en un hermoso vapor
a buscar a su pianguita
que se fue para el Ecuador.*

V

*Ecuador tierra querida
donde viven los tambacos
reciben pianguas cocidas
que las mandan de Tumaco.*

La piangua. Julio César Góngora

Por otra parte, la producción cocalera en los últimos años ha fundado dentro de las conductas sociales formas de poder y de terror espectrales. El tráfico, la producción y circulación de esta mercancía ha quedado en los adentros fantasmáticos de la cultura; la coca y su economía represen-

tan para la interacción social un nuevo espectro de violencia y de terror.

El fantasma de la coca trata igualmente la tierra para su máxima producción, excediendo el modelo de la revolución verde. Enajenación mercantil dentro de lo local que hace que el ritmo del tiempo social y biológico se desajuste, lo que también sucede potencialmente con las economías anteriormente señaladas.

La cimentación en este cambio social y cultural producido a través de la economía de la coca también se presenta como especular, pues es el reflejo del espejo el que no hace ir más allá, no permitiendo entrar. En el caso contrario, quienes están adentro, pueden observar directamente aunque no del todo, estando dentro del espectro, morando en él, se cree poseer poder y control, pero el poder aquí, si es que hay lugar, es aún más especular. Si M. Foucault expresa que el poder es reticular, aquí es claramente espectral. Arquitectura de espejos, que grabados de espejos especularizan al que entra y al que está dentro. Quien está fuera, no puede entrar con el ojo, sólo sabe que se habita, pero no sabe cómo.

Y no es nada extraño que estos poderes: las fuerzas insurgentes (guerrilla y paramilitarismo), los grupos económicos de narcóticos (la mafia y la delincuencia) generen en estas regiones una cotidianidad espectral, fantasmática que más allá de la violencia está impregnada por el terror.

Las historias de esta nueva violencia fragmentada, vinculada al cultivo y el tráfico de coca es la atracción del imán convergente donde confluye un *factum* trágico de multiplicidades e intereses, estos espectros arman la bomba de tiempo, donde los pobladores tendrían que asumir los peligrosos resultados.

El sistema económico basado en la explotación industrial, el poder político, las fuerzas ilícitas, la producción y tráfico de cocaína, el tráfico de armas, hacen parte de grupos de poder que operan igualmente bajo las paradojas del mundo contemporáneo, pues quiera o no el capital está estrechamente emparentado con las mercancías de lo ilícito y las fuerzas que supuestamente combaten entre sí tienen su vínculo más fuerte con lo que precisamente ellas arremeten.

Referencias

- BACHELARD, Gastón. La poética del agua. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- CAPRA, Fritjof. La trama de la vida una perspectiva de los sistemas vivos. Barcelona: Anagrama, Recolección, Argumentos, 1999.
- DEL VALLE, Jorge Ignacio. Renacientes del guandal "Grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga. Santafé de Bogotá: Lerner, 1996.
- DELEUZE, G. y GUATTARI, F. Rizoma (Introducción). Valencia, España: Pre-Textos, 1997.
- DERRIDA, Jacques. Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional. Madrid: Trotta, 1995.
- ESCOBAR, Arturo. La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo. Colombia: Norma, 1996.
- _____. El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea. Santafé de Bogotá: Giro Editores, 1999.
- ESCOBAR, Arturo y PEDROSA, Álvaro. Pacífico, ¿desarrollo o diversidad? Santafé de Bogotá: Cerec, 1996.
- FOUCAULT, Michel. Genealogía del racismo, de la guerra de las razas al racismo de estado. Madrid: La Piqueta, 1992.
- _____. Las palabras y las cosas. México: Siglo XXI Editores, 1986.
- GEERTZ, Clifford. Interpretación de las culturas. España: Gedisa, 1989.
- LOZANO, Betty Ruth. Mujer y desarrollo. En: Pacífico: ¿desarrollo o diversidad? Santafé de Bogotá: Cerec, 1996.
- MORIN, Edgar. Epistemología de la complejidad. En: Nuevos paradigmas, culturas y subjetividad. Buenos Aires: Paidós, 1999.
- _____. Introducción al pensamiento complejo. Barcelona: Gedisa, 1998.
- VANÍN, Alfredo. Las letanías del Pacífico. Colombia: Ediciones Banco de la República, 1998.
- TAUSSIG, Michael. Destrucción y resistencia campesina. Bogotá: Punta de Lanza, 1978.